

Papel 704

252.9
742

PANEGIRICO

EN HONOR

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA SEÑORA NUESTRA, QUE EN EL CONVENTO DE LAS RELIGIOSAS CONCEPCIONISTAS DE LA CIUDAD DE MAHON

DIJO

EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON VICENTE PAPELCUDI Y CARRERAS PRESBITERO, DOCTOR EN TEOLOGIA Y EN AMBOS DERECHOS, ABOGADO DEL REINO, CANONIGO, EXAMINADOR SINODAL, JUEZ DE CRUZADA Y DEL SUBSIDIO ECLESIASTICO, SUBCOLECTOR DE ESPOLIOS Y VACANTES, PROVVISOR VICARIO GENERAL GOBERNADOR CON REAL APROBACION &c. &c.

SALE A LUZ,

CON EL LAUDABLE FIN DE PROMOVER Y FOMENTAR LA DEVOCION Á MARIA SANTISIMA, Á PETICION DE DEVOTAS PERSONAS.

MAHON:

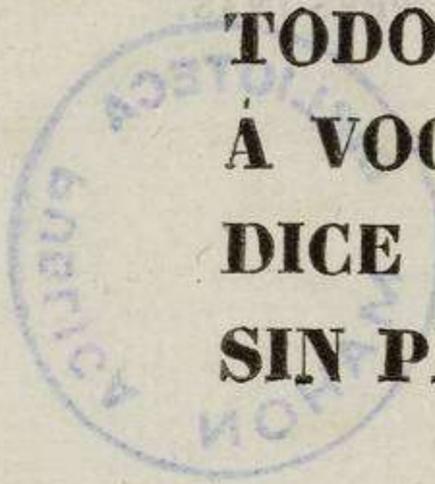
IMPRESA DE D. G. I. SERRA.
1849.



P-435A



**TODO EL MUNDO EN GENERAL,
À VOCES REINA ESCOGIDA,
DICE QUE SOIS CONCEBIDA,
SIN PECADO ORIGINAL.**



Imprenta de D. G. I. Serra.
1869.

Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.

Eres toda hermosa, amiga mia, y no hay en ti mancha alguna.

Cántico de los cánticos, c. IV, v. 7.

He aquí en pocas palabras, esposas de Jesucristo, el mayor elogio que puedo yo pronunciar de Maria santísima en cumplimiento del honroso encargo que habeis tenido la bondad de confiarme en este dia, en que celebramos el primer instante de su ser. Maria, esta hija de Adam, esta pequeña porcion de su masa corrompida, conserva su pureza contra la regla ordinaria enmedio de la infeccion general. Aunque ella no menos que nosotros descienda del primer prevaricador, no obstante un beneficioso decreto del Señor, formado para ella sola, la exime del riguroso fuero de su justicia, la exceptúa de la ignominiosa ley del pecado, la preserva de la proscripcion y de la muerte, y condecorandola con el precioso adorno de la gracia santificante la constituye en aquel crítico momento, que tan desgraciado es para todos los hijos de los hombres, el mas digno objeto de sus divinas complacencias.

¡Qué alegre, oyentes, ha sido y será la mañana de este dia! ¡Con cuánta admiracion han adorado en ella los inefables consejos del Altísimo aquellos justos que gemian encerrados en el seno de Abraham! Acostumbrados á sufrir las consecuencias del pecado, ¡cuánto seria su asombro viendo las sucias corrientes de la culpa en sus personas, detenidas inmóviles hasta que la gra-

4

cia acabara de concluir sus prodigios! ¡Qué consuelo tendría el primer padre de la posteridad afligida, viendo cortarse las corrientes en que él sumergió incauto á toda su descendencia! ¡Y en qué avenidas de dulzura no se inundaria el corazon de los profetas al pintar con anticipacion esta obra de la omnipotencia! Ya lo muestran David en sus salmos, Salomon en sus cánticos, Isaías en sus predicciones y los demas profetas en sus libros. Dios mismo se complace en su obra: su primera mirada hácia Maria al salir de los abismos de la nada fué una mirada de amor, y las primeras expresiones con que la habló, fueron los dulces nombres de hermosa, amada y sin mancha: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.*

Asi no debemos nosotros elogiarla en el momento de su animacion por haber sido hija de patriarcas, de pontífices y soberanos, porque no fueron estos títulos los que la hicieron agradable á Dios. Su elevacion verdadera consiste en haber sido libre de toda mancha desde su primer instante. Procuremos pues tejer el panegírico de su concepcion con respecto á un privilegio que la hizo en el primer momento de su vida la mas feliz de todas las criaturas, ó ya producidas, ó que han de producirse hasta el fin de los siglos; y elevemos nuestro pensamiento á la contemplacion de la incomparable gloria de Maria en el feliz y dichosisimo instante de su ser natural.

Vos, ó mi Dios, origen de toda santidad, poderoso en obras y en misericordias, no permitais que yo profane vuestro divino testamento con mis labios; purificadlos, Señor, como los de vuestro profeta, y encended mis palabras á favor de un pueblo ansioso de vuestra

doctrina y amante fervoroso del honor de vuestra madre. Dignate, virgen sacratisima, de que alabe yo hoy debidamente tu ser immaculado, para lo cual te saludo rendido con todo mi devoto auditorio: *Ave, Maria.*

Si aquel gran rey de Israel, como dice la Escritura, cuando se trató de edificar á Dios un templo material sobre la tierra, en donde con el humo de los inciensos y la sangre de las víctimas recibiese los homenajes de su pueblo, no excusó ninguna preciosidad del arte ni de la naturaleza; es facil de pensar cuánto haria este mismo Dios, este monarca inmortal de los siglos, este rey eterno, cuyo trono está sentado sobre las alas de los serafines y cuyo poder se extiende hasta el abismo, cuando llegando aquella dichosa época que él mismo habia señalado en el círculo de los años, determinó construir en el virginal seno de Maria una morada, en donde habitase corporalmente con toda la plenitud de su divinidad, segun la espresion de san Pablo. ¡Con qué suntuosidad edificaria desde sus mismos cimientos aquel templo racional que habia de santificar con su augusta presencia! Y ¡con qué gracias adornaria aquel precioso tabernaculo, en donde habia de ocultar los resplandores de su gloria cuando su amor le obligase á aparecer sobre la tierra!

En efecto, la sangre mas pura de los Davides y de los Salomones, aquella sangre que con tanto esplendor y por una larga continuacion habia corrido por las venas de aquellos santos patriarcas, profetas é ilustres conquistadores de Israel, se reúne en este momento para vivificar el corazon tierno de Maria. El espíritu de todas las virtudes que altamente caracterizaron los héroes mas insignes del antiguo testamento, ánima sus

primeros alientos; y prestándole la naturaleza todas las gracias, queda cubierta con la gloria de todos los siglos. Sí, una gracia singularísima, una gracia digna únicamente del poder, del amor y de la magnificencia de un Dios, es la que la distingue en aquel instante, la eleva sobre las Judites, las Déboras, las Esteres, las Jafeles, las Susanas, las Abigailes, y la separa infinitamente del resto de las demás criaturas. Aunque ella descienda de un padre pecador, no queda inficionada con la nota fatal de su delito, sino que sostenida mas bien por el omnipotente brazo del Señor sale del profundo abismo de la nada, y atravesando por entre las horrosas sombras del pecado se encamina con paso majestuoso á la region de los vivientes. Siempre llena de gracia, como dice san Gerónimo, todos sus caminos han sido pureza y simplicidad, verdad y justicia, inocencia y santidad. Y esto es lo que quiso tambien significar el Espíritu Santo con aquellos misteriosos emblemas y figuras de un lirio entre las espinas, de un jardin impenetrable, de una fuente sellada, y cuando nos dijo que el Señor criaría un nuevo cielo y una nueva tierra, que la ayudaría desde el amanecer y al despuntar el dia, que la libraría de las uñas del leon y de las astas del unicornio, que el enemigo no prevalecería sobre ella, que no gozaría de sus despojos y que se buscaría su pecado y no se hallaría.

O Virgen gloriosísima, ¡qué grande apareceis desde el primer momento de vuestro ser! ¡Qué diferencia, católicos, entre Maria y nosotros, entre su entrada en esta vida y la nuestra! Nosotros como tristes víctimas de la inexorable justicia del Señor, apenas damos el primer paso en este mundo, cuando ya encontramos en

sus umbrales la esclavitud y la muerte. Como hijos de un padre criminal y delincuente recibimos con el mismo principio de vida la nota de su infamia y el castigo de su delito. Pasando su desobediencia de cuerpo en cuerpo y de espíritu en espíritu, como dice el apóstol san Pablo, en el mismo momento en que empezamos á existir, somos ya pecadores, hijos de ira, enemigos de Dios, desterrados del cielo y entregados á todo el poder de las tinieblas. Pero en este mismo instante tan fatal para nosotros encuentra Maria su mayor gloria. Como legítima descendiente que es de aquel padre infortunado, debia precisamente quedar envuelta en su desgracia y caer lo mismo que nosotros en este insondable abismo de calamidades. El decreto era absoluto y la ley general, sin que hubiesen podido eximirse de su rigor aun aquellos cuyos nombres se hallaban escritos en el libro de la vida desde las mismas entrañas de su madre, como los Jeremias y los Bautistas. Hasta entonces nadie, nadie habia podido gloriarse en su virtud, y los montes mas elevados en santidad habian quedado sepultados en las aguas de este terrible diluvio, en que se anegó miserablemente todo el género humano. Sin embargo por un privilegio inaudito Maria, esta única paloma se escapa de sus soberbias y alborotadas olas, y aunque hija de Adam, contra los mismos incontrastables decretos de la justicia eterna, no queda comprendida en el castigo de su delito. El Señor que preferia mucho mas las puertas de esta mística Sion, que todos los tabernaculos de Jacob, no pudiendo condescender en verla mancillada con la inmundicia de las demas mujeres de Tiro y de Sidon, por un acto imperioso de su amor la preserva del pecado, de la muerte y de la

infamia.

Pero ¿y hubiera sido posible que el mismo Dios mirase con indiferencia en un estado tan lastimoso á aquella que destinaba por santuario de su divinidad, y con cuya sangre deseaba unir su propia sustancia? ¿Era posible que consintiese que la reina soberana de los cielos y de la tierra, su hija predilecta, la esposa del Espíritu Santo, la madre del divino Verbo, fuese antes su mortal enemiga, esclava de Satanás y que se profanase por el pecado la morada de su amor? ¿Era posible que Maria, aquella obra privilegiada por la mano del Altísimo, la mas excelente de todas las puras criaturas, la obra mas perfecta y noble del Criador, la honra y maravilla del universo, Maria, aquella hija de David, aquella luz de Israel, aquella estrella de Jacob tan deseada de los patriarcas, tantas veces anunciada por los profetas, Maria, aquella aurora que habia de preceder al mismo sol de justicia, aquella fecunda nube que habia de dar el rocío celestial en los campos de Judá, aquella dichosa tierra que habia de abrir sus entrañas para dar la salud de las naciones; Maria, en quien estaba fundada la esperanza de la generacion santa y la expectacion de todo el universo; en una palabra, Maria predestinada por hija del Dios de la gloria y de la majestad, madre del divino Salvador y esposa del Espíritu Santo, fuese ni aun por un solo momento objeto de ira y de indignacion, delante de los ojos de Dios?

¿Y de qué Dios? De un Dios que es su propio hijo; de un Dios que no quiere habitar por su gracia en una alma en que habita el pecado; de un Dios que se ausenta de nuestro corazon, luego que damos entrada á

9
la culpa; de un Dios que abomina los sacrificios mas santos, si el sacerdote y el pueblo no procuran ser tan puros é inmaculados como la misma victima; de un Dios que corresponde con truenos y rayos, si la voz de la iniquidad se une con la voz de la oracion; de un Dios que prohíbe á cualquier boca profana y delincuente que abra sus labios para proferir y anunciar su santa palabra; de un Dios que es Dios, porque es santo; de un Dios, que segun la expresion del profeta, no conoce otra gloria que la de ser santo. Este Dios pues, tan enemigo y tan vengador del pecado, ¿habia de beber el aliento de su vida humana en una fuente de aguas inficionadas por la culpa?

No, católicos: la sangre que habia de circular por las venas del Dios de la santidad, no seria enteramente pura, si por algun momento hubiera dejado de serlo; y si alguno negare á Maria el privilegio de no haber conocido el pecado por el temor de concederle una prerrogativa que no le pertenece, ¿no debe temer defraudar al mismo Dios de una excelencia propia y peculiar suya? Argumento tan sólido y tan convincente, que á pesar del grande empeño que se habia propuesto san Agustin en defender contra los pelagianos el dogma del pecado original que provenia de la culpa del primer hombre, no dudó en oponerse contra aquel diluvio de iniquidad que inundó toda la tierra, reconociendo y confesando que por honra del mismo Jesucristo, no comprendia á la madre de Dios en la maldicion comun. Argumento en que se han fundado los sumos pontífices y el sagrado concilio de Trento para prohibir las disputas inútiles que podian perturbar la paz y el silencio del culto religioso, con que la piedad de los fie-

les venera la inmaculada concepcion de Maria. Sí, era debido á la gloria de Maria que la casa del Señor no respirase en todo tiempo otra cosa mas que santidad y pureza, y el supremo decoro de su augusta y divina majestad exige imperiosamente, como dice san Anselmo, que aquella Virgen soberana, en cuyo casto seno habia de derramar el Espíritu Santo su virtud, fuese superior en pureza á los mismos ángeles é inferior solamente á Dios, como añade san Pedro Damiano. Olvidando pues el Señor, en aquel instante, todo el rigor de su justicia dice: No, amada mia, no morirás en mi presencia. La ley que hé promulgado contra todos los descendientes de Adam, perderá en este momento toda su fuerza y no tendrá en ti la menor trascendencia. Hasta ahora ningun hijo de aquel prevaricador de mis preceptos ha podido eximirse de su justo rigor; mas tú no te verás confundida con el resto de los demas hombres; tú sola y sin ejemplar gozarás de su inmunidad. Toca, amada Ester, toca el cetro de mi clemencia, pues que este funesto decreto de la muerte, no ha sido hecho para ti, sino para los demas: *non pro te, sed pro omnibus facta est lex.*

¡O que gloria para una hija de Adam! El cielo y la tierra se llenan de admiracion, y los ángeles asombrados y atónitos se preguntan á sí mismos: ¿Quién es esta que sube desde el desierto de este mundo como una varita de humo compuesta de los mas preciosos aromas, y que se presenta á los ojos del Altísimo hermosa como la luna, escogida como el sol, como la aurora que amanece, como la rosa de Jericó, la palma de Gades, el ciprés de Sion, el cedro del Líbano, el plátano de las orillas de las aguas, y como el bálsamo y el

cinamomo que se evaporan en olorosa fragancia? Pues que cuando los demas en este momento son tristes objetos de su indignacion, ella sola es la que ha hallado gracia en su presencia; ella sola la que ha sido bendita entre millares de generaciones; ella sola la que no ha participado de la humana corrupcion y de la ignominiosa ley del pecado. ¿Os sorprendeis todavia, ángeles santos, al ver á esta hija de Adam temible como un ejército en orden de batalla, y no acabais de comprender quién es? Pues sabed que es la escogida en el santuario de Dios para pisar con el mas heroico denuedo la cabeza del dragon infernal; sabed, dice el Espíritu Santo, que es mi esposa en quien tengo mis complacencias, desde la eternidad; es la única criatura que ha herido mi corazon, porque toda es hermosa y sin mancilla.

Yo me la represento, católicos, en este instante como aquella misteriosa zarza que se apareció á Moisés ardiendo sin consumirse; como el vellocino de Gedeon humedecido con el rocío del cielo enmedio de una tierra árida y seca, como la dichosa Raab exceptuada únicamente del comun anatema, como la feliz Gesen exenta de las plagas de Egipto, y como el arca del antiguo testamento preservada de aquel gran incendio en que quedaron abrasados por la mano del impío Nabuzadán, en el templo, el altar y el santuario. Por todas partes humea el fuego de los pozos del abismo, arden los mas bellos edificios de virtud, se desploman las mas firmes columnas de santidad, quedan sepultados en sus ruinas aquellos preciosos vasos de honor, en donde se conservaba la religion de un Abel, la fé de un Abraham, la castidad de un Josef, la paciencia de un Job, la mansedumbre de un Moisés, la fidelidad de un Sa-

muel y el zelo de un Elías. Solamente esta arca deífica de la nueva alianza entre Dios y los hombres se conserva milagrosamente intacta enmedio de la combustion general del universo, y colocada por la poderosa mano del Señor sobre los montes eternos de su gracia, no percibe el criminal ardor de la impura y abrasadora llama que la rodea.

Dichosa y bendita criatura; pero mucho mas dichosa aun, si la considerais en el mismo momento de su concepcion; porque el Señor no ha acabado todavia las grandes maravillas que intenta obrar en ella. Este es aquel crítico instante, en que por nuestra desgracia la antigua serpiente no contenta con haber introducido la envidia entre los mismos ángeles intenta dilatar sobre los hijos de Adam su furor y rabia; porque despues de haber seducido á este incauto padre de los vivientes, la justicia del Señor abandonó toda su infeliz posteridad al cruel y tiránico imperio de aquel enemigo, haciendonos esclavos desde el mismo momento en que empezamos á existir. Persuadido este comun enemigo de poder ejercitar sobre Maria los mismos derechos, apenas comienza á organizarse su tierno cuerpo y recibir el espíritu de vida, cuando ya previene sus cadenas para aprisionarla, extiende sus garras para despojarla, y creido en su infundada conquista se dispone para prostituirla ignominiosamente como á los demas infelices hijos de Adam. ¡Ah! No, no será asi, monstruo abominable, porque esta sobre la cual te imaginas tener tanto imperio, es tu enemiga, aquella enemiga que tanto tiempo hace se te habia anunciado descargaria sobre tu cabeza el golpe mortal; esta es la madre del eterno resplandor que jamas quedará des-

lumbrada con tus sombras; este es el tabernáculo del Señor y el santuario de su divinidad, cuya entrada te estará siempre prohibida y en donde brillará sin interrupción la luz indeficiente de su gracia. No, no se dirá jamás que hayas profanado este lugar santo; he aquí el Todopoderoso, el Dios de las virtudes, que viene á santificarle y cubrirle con toda la majestad de su gloria.

Sí, el Señor, que desde los primeros momentos de su feliz existencia la contemplaba ya como á su futura madre, mucho mas interesado en su honor que Salomon por Betsabé, se levanta presurosamente del solio de su justicia, confunde con una mirada la fiera infernal, la llena de terror y espanto, frustra la acción de su antiguo poder, la ahuyenta, la precipita en el abismo; y acercandose con cariño á Maria la recoge en su seno, la estrecha entre sus brazos, le da el ósculo de paz, la coloca en el trono de su gracia, derrama con mano liberal sobre su alma santa los dones mas preciosos de su divino espíritu, la adorna con la vestidura de todas las virtudes; y comunicandole en aquel momento toda la plenitud de los santos, como dice san Vicente Ferrer, la constituye reina soberana de todos ellos. No hay candor, no hay esplendor, no hay virtud, dice san Anselmo, que no resplandezca en esta gloriosa virgen. Gran Dios, Dios inmortal, ¿quién semejante á vos? Vos sois verdaderamente el que sabeis obrar los prodigios y las maravillas. Hijas de Sion, salid á ver á vuestra reina inmaculada, á quien aplauden los astros de la mañana, cuya hermosura pasma al sol y á la luna, y á quien solemnizan con júbilo y alegría todos los hijos de Dios. Este es el gran misterio figurado en aquella prodigiosa mujer que apareció en el cielo, como descri-

be el evangelista san Juan en su Apocalipsis, vestida del sol, la luna á sus pies y coronada de estrellas. Maria es aquella divina mujer, que adornada con la justicia original resplandece como el sol desde el primer instante de su ser, que no conoció jamas el menguante de la gracia y que hermoseaada con el esplendor de todas las virtudes triunfó gloriosamente del pecado y del infierno.

¿Y quién será capaz de explicar la alegría que inundaba el corazon de Maria santisima al ver que de aquel arbol inmenso, cuya raiz habia sido Adam, todos los frutos que nacian eran corrompidos, venenosos y abominables, y que ella sola, aunque proviniese del mismo origen, era un fruto saludable y hermoso? ¿Al ver que toda la tierra estaba generalmente cubierta con la inundacion del pecado, y que su alma cual otra paloma enmedio del diluvio no tenia en donde poder afianzar sus pies, sino que remontandose á lo alto quedaba pura y sin mancha? ¿Al ver que antes de la revolucion de los siglos el Señor la habia poseido en el principio de sus caminos como á primogénita de las criaturas, y que antes que los abismos existiesen ni los cielos hubiesen sido formados, habia ya sido concebida en el entendimiento del Altisimo? ¿Al ver que apenas acaba de ser concebida, cuando ya puede presentarse delante del autor de la vida, no como enemiga suya, oprimida con el peso de su maldicion, sino como la mas digna de todas sus finezas? ¿Al ver que apenas queda animada en el seno de su madre, cuando adornada con los resplandores de la gracia se deja ver mas pura que todas las virgenes, mas abrasada de amor que todos los serafines, mas santa y mas perfecta

que todos los espíritus bienaventurados? Y por esto la iglesia contemplandola en aquel primer momento de su concepcion le apropia con el Espíritu Santo aquellas palabras de los Cantares: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*: Eres toda santa, toda perfecta, toda hermosa, amada esposa del rey de los reyes; y los ojos de aquel supremo monarca, tan santos, tan puros y tan penetrantes, no pueden descubrir en ti la mas leve sombra de pecado. Este es el gran privilegio que con la iglesia reconocemos en esta incomparable Virgen; privilegio incomprensible, el cual de por sí la prepara, pero de un modo muy particular, á todas las grandezas con que en algun dia será adornada; la prepara á todos los títulos de gloria con que Dios y los hombres deberán concurrir para honrarla, y la distingue de todos los demas santos; privilegio que es principio de un sin número de privilegios, y que la constituye en estado de comparecer en lo sucesivo, en calidad de reina de los ángeles y medianera de los hombres; privilegio en fin, que desde el primer instante de su ser basta para elevarla sobre todo lo que no sea Dios.

Pero no os admireis, católicos, de unos privilegios tan singulares y tan contrarios á las reglas establecidas por la divina providencia, porque Maria estaba predestinada para ser madre de todo un Dios, y por lo mismo era necesario trastornar en el primer instante de su ser los fueros mas respetables de la naturaleza y de la gracia; era preciso invertir las leyes generales, que como autor supremo se habia impuesto en la formacion del universo; era indispensable hacer el mayor esfuerzo en su omnipotencia y hacer ostentacion de su poder para observar en ella una economía estraordina-

ria que no ha hecho en ninguna pura criatura, una economía por medio de la cual preparando á Maria desde el principio de sus caminos con la plenitud de una gracia tan singular y especial, era consiguiente adornarla con la infusion de los dones de la naturaleza y de la gracia, elevarla á la sublime condicion de viadora, y por último confirmarla en la posesion de tantos favores extraordinarios.

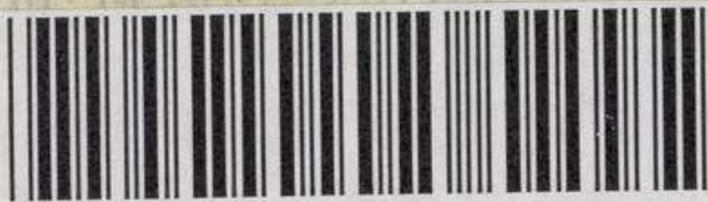
Y nosotros ¿con qué afecto debemos tambien tributarle nuestras alabanzas, pues que desde el principio del cristianismo este momento tan glorioso para Maria ha sido siempre el objeto mas precioso de la piedad y veneracion de los fieles? Leed las liturgias antiguas de un Santiago, de un san Marcos y de un san Andrés. Registrad las obras de los primitivos padres, y veréis qué unánimes estan en los sentimientos de la iglesia. ¡Con qué magnificencia han procurado pintar la santidad de Maria! Los unos con san Cirilo la han llamado obra de un gran consejo: los otros con san Ambrosio la han mirado como á perspectiva de Dios: aquellos con san Bernardo la han considerado como un prodigio de la omnipotencia: estos con el seráfico doctor san Buenaventura se la han representado como un rayo puro y resplandeciente que sale del seno de la divinidad. Observad á los sumos pontífices, y veréis con que ternura han hablado del immaculado misterio de Maria y han apoyado este singular privilegio con las decisiones mas terminantes. Si me fuera posible, referiria por menor las bulas, breves y decretos que han expedido, manifestando una continuacion de elogios, privilegios, gracias y favores, á fin de excitar el fervor de los fieles; pero basta decir que desde Sixto IV todos los sumos

pontífices han procurado con los mayores esfuerzos inspirar á todos los pueblos la mas alta veneracion hácia la original inocencia de Maria. Consultad los estatutos de las respetables órdenes benedictina, cartusiana y camaldulense. ¡Qué zelo el de la orden del seráfico padre san Francisco de Asis en defenderla, cuando algunos espíritus tímidos intentaban negar á Maria el singular privilegio de su pureza original! Pasad con la consideracion por el orbe literario, y veréis que las universidades mas célebres, las de París, Colonia, Maguncia, Salamanca, Alcalá, Valencia, Praga, las academias mas principales de Europa, émulas de la ternura y devocion de los sumos pontífices, han empleado sus tareas en obsequio de un misterio tan santo, han dedicado su sabiduría para promover sus glorias, y hasta muchas de ellas han establecido que sus alumnos no puedan ser condecorados con la honrosa distincion de doctores, á menos que por un voto expreso se constituyan apologistas y defensores de la immaculada Concepcion de Maria. ¡Con qué zelo las potestades civiles han contribuido tambien al honor de esta virgen incomparable! Y sin salir de este mismo lugar ¡con qué ternura, con qué devocion, con qué amor estas religiosas vírgenes le rinden los mas dulces sentimientos de su corazon, se distinguen con el singular título de concepcionistas, y se consagran á la veneracion de este gran misterio con un hábito y un culto particular! Unamonos pues con todos los pueblos de la tierra, y ofrezcamosle con el mas respetuoso obsequio el honor, la bendicion y la accion de gracias.

O madre, ó reina y señora, sí, con mucha razon deben todos aplaudiros y alabaros; yo mismo quisiera

tambien manifestaros en este instante lo que siente mi corazon; pero oprimido por el peso de vuestra gloria, no me queda mas aliento que para exclamar con las expresiones del pueblo de Betulia al contemplar la insigne victoria que sobre los asirios habia conseguido su famosa heroína: Bendita seais, hija del Altisimo, por cuya gloria se ha distinguido de un modo tan admirable el brazo omnipotente. Vos sois la gloria de Jerusalem, la alegria de Israel y la que habeis quitado el oprobio y la afrenta de vuestro pueblo: vuestra alabanza no se apartará jamas de nuestra boca, y penetrados del mas afectuoso sentimiento acudiremos al pie de vuestros altares á ofreceros la dulce expresion de nuestro amor.

A vos, augusta y soberana madre, clama hoy la criminal descendencia de Adam, que despues de haber naufragado en el diluvio universal del pecado original, de que os preservó el Omnipotente, fluctúa aun entre las furiosas olas de culpas actuales. Vos, desde lo mas elevado de los cielos, miradnos con grata y amable benevolencia; bendecid este monasterio consagrado á la gloria de vuestra original pureza, y extended sobre todos nosotros vuestra poderosa mano, á fin de que sirviendo al Señor con justicia y santidad lleguemos al reino inmortal de la alegria, de la paz y de la felicidad sempiterna. Asi sea.



1055349

SM C*2 42